



Punto de vista

Gregorio Guitián

Facultad de Teología
Universidad de Navarra

¿Sirve la moral para la economía?

En estos tiempos, en los que todos somos conscientes de la necesidad de un esfuerzo conjunto para superar la situación económica que padecemos, quizá podrían ser de utilidad algunas reflexiones desde el campo de la Doctrina Social de la Iglesia. Es necesario advertir, sin embargo, que no toca a la teología proponer soluciones técnicas a los problemas económicos, sino en todo caso ofrecer principios, juicios u orientaciones que ayuden a pensar y dar con soluciones concretas que puedan llevarse a la práctica. En ese sentido, dos líneas pueden ayudar a remontar la crisis: recuperar el sentido del bien común y mejorar la calidad moral personal.

Una de las líneas de fuerza de la última encíclica de Benedicto XVI ha sido precisamente la llamada a la recuperación del bien común (en sus distintos niveles) como horizonte de la actividad económica y política. El tipo de desarrollo que demandan las sociedades modernas no es un desarrollo a cualquier precio, focalizado en resultados inmediatos, sino un desarrollo *sostenible*.

La eterna pregunta sobre si la ética es rentable en los negocios admite dos respuestas: sí y no. Hay casos de iniciativas guiadas por sólidos principios éticos que han fracasado y otras que tienen éxito. Lo que sí está claro es que una moral sólida genera confianza, y la confianza, como podemos comprobar, es muy importante para los negocios.

La doctrina social de la Iglesia insiste en que la prosperidad económica, el deseado desarrollo, requiere que se preste atención a la dimensión espiritual de

las personas. Esto deja abierta la exploración del papel de la religión, que aúna fe y razón en mutua ayuda, como elemento de contribución positiva a la actividad económica. Al decir contribución, no se debe pensar reductivamente en aportación económica, sino también en esa aportación cualitativa, intangible, que da lugar a disposiciones y actitudes de las personas francamente positivas para el bien común de la empresa y de la sociedad. Si nos tomamos en serio que la persona es un valor cada vez más reconocido en la empresa, debemos

descubrir que la dimensión espiritual de la persona da paso a un potencial de calidad profesional, de compromiso, de entrega, de fraternidad y de servicio de gran relevancia para remontar una crisis.

No obstante, esto debe entenderse bien. El cristianismo no neutraliza en absoluto el requisito imprescindible del esfuerzo, sino en todo caso lo sostiene y potencia. No cabe duda que la cultura de la fuga mina las fuerzas para encarar los retos profesionales a que nos enfrentamos. El momento requiere una actitud dispuesta a enfrentar las contradicciones con afán de superación; dispuesta a mejorar la compe-

tencia profesional, a ejercitarse en la constancia; un esfuerzo para encontrar verdaderas soluciones a las dificultades, aunque lleven más tiempo, como por ejemplo cuando se apuesta por la investigación de calidad, etc. En definitiva, hace falta moral en tiempos de crisis. Ante esta tarea, el cristianismo tiene la capacidad de generar las energías espirituales necesarias para ser tenaces en este empeño con una actitud positiva y esperanzada que, no obstante, no se desentiende de la realidad.



Saber escuchar

Joan Guiteras i Vilanova

Deán del Capítulo Catedral
de Barcelona

Interior y exterior

Encontramos, en el evangelio según san Lucas, una impresionante escena. Acontecimiento que espolea el alma. Un fariseo invita a Jesús a su casa. Jesús, antes de sentarse a la mesa, omite —¿expresamente?— el ritual de lavarse las manos. Hay que saber que los fariseos daban una importancia radical a los ritos. La omisión de las prescripciones rituales los escandalizaba. Jesús, ante la extrañeza de su anfitrión, habla. Lo hace claramente. Se queja e indica que, además de cumplir los rituales, hay que extraer de nuestro interior la rapiña y la maldad. ¡Es tan fuerte la aidez de los bienes del otro! ¡Los humanos somos capaces de tantas fechorías! ¡Podemos ser tan perversos! ¡Con mucha facilidad nos desviamos de la rectitud moral!

Jesús dice que quien ha hecho el exterior —Dios— ha hecho también el interior. ¿Qué hay que hacer para obtener el equilibrio espiritual? ¿Qué relación existe entre exterior e interior? La solución es la limosna. Sólo a través de la caridad se obtiene el verdadero orden espiritual. «Dad como limosna lo que hay en las copas y los platos, y entonces sí que todo lo tendréis limpio» (Lc 11,37-41).

Un amigo sacerdote me contó, en determinada ocasión, lo que había dicho a una persona adinerada: «Tu riqueza debe redimirla la caridad.» Tenía toda la razón. La caridad es lo que da validez a los gestos de nuestra vida. La existencia religiosa procede de un corazón entregado a Dios y, por tanto, atento a las necesidades de los demás.

Merece la pena recordar, ahora que se habla de la «nueva evangelización», que el seguimiento de Jesús implica a toda la persona. El cristianismo comporta la transformación total de las personas. Tiene su dificultad. ¡Cambiar la mentalidad, nuestra manera de vivir, nuestros criterios...! Debemos tener la certeza de que el evangelio es la forja de la libertad humana. La conversión toca el corazón. Dios da su gracia para el cambio espiritual. Éste es el don de la conversión.

La libertad une interior y exterior. Como el alma y el cuerpo. Por eso, porque creemos en la fe, debemos salir en busca de la gracia divina. La libertad integra nuestra persona y le otorga unidad entre el ser y el hacer. La «nueva evangelización» ha de hacernos conscientes del realismo espiritual. Debemos saber que la virtud que valida la actuación cristiana es la caridad. San Pablo, en su himno a la caridad, afirma —y es palabra inspirada— que sin la caridad no somos ni valemos nada.

Las circunstancias críticas de nuestros días son muy elocuentes. Hay muchas necesidades. La caridad ha de iluminar la justicia. Una ocasión para poner en marcha el motor de la caridad. Abrirse a Dios es abrirse a los hermanos y a sus necesidades. Por un mundo mejor y por la vida eterna.

A propósito de...



P-J Ynaraja

Capellán del Montanyà
(ynaraja@ynaraja.e.telefonica.net)

Azafrán

Durante mucho tiempo dediqué mi columna a comentar animales y plantas relacionados con la Biblia. Creo que de todos he escrito algún artículo, excepto de uno que lo haré otro día. Todo empezó cuando puse en una «hoja diocesana» que si un día disponía de un terreno en propiedad, plantaría, para mi goce personal, un jardín bíblico. Como no disponía de él, lo fui sembrando simbólicamente mediante comentarios. Hoy en día, a quien le interese el tema, le resulta muy fácil conseguirlo: introduce el nombre del vegetal o del bicho junto a la palabra Biblia y espera que el inefable Google responda. La dificultad surgirá si pretende leerse todos los archivos que se le mostrarán. Pero mis colaboraciones no pretenden una simple información enciclopédica. En aquellos lejanos tiempos de mi infancia, mi madre ponía siempre azafrán en la paella, sin que le preguntase al respecto. Vivía en Burgos e iba a misa a los Carmelitas. Por algún motivo fútil, seguramente ofreciéndome a ayudar a misa, empezó una cierta relación personal con los frailes. Cultivaba el huerto el Hno. Rafael. Tenía en un rincón plantas de azafrán y, recuerdo como si fuera ahora, que recogía sus flores y me enseñaba los hilitos que de cada una de ellas conservaría secos para cocinar. Su tarea la efectuaba con primor. Esto era lo único que sabía de la planta. Se habla y se comenta con razón y pena, de cómo aumenta el divorcio. No seré yo quien lo justifique o sea observador indiferente. Los estudiosos señalan las causas, verídicas sin duda. Nunca he visto que digan que un antecedente de la separación matrimonial pueda ser la ruptura de amistades anteriores, si es que se han tenido antes. Advierto que, hoy en día, se utiliza la palabra *amigo* con demasiada frecuencia y equivocadamente. Sería más exacto, casi siempre, llamarlo colega, compañero, camarada, socio o hasta cómplice. Me temo que, en caso de que exista amistad, ni se trate de cultivarla, ni se pretenda perpetuarla. Yo, que escogí el celibato, me tomo muy en serio cualquier relación amigable, que se le parezca o que pueda ser su inicio. Pasarán tal vez 50 años y si me encuentro con alguien con quien tuve un trato cordial, lo recibo como si fuera asunto de escasos días. Estoy convencido de que mi fidelidad a la amistad será un testimonio, un acicate exigente, para la lealtad mutua de los que han escogido el matrimonio. Pero hay algo más: también me creo obligado a ser fiel a mis experiencias, a mis vivencias y a mis recuerdos. Nadie puede ser fiel a los demás, si no lo es a sí mismo. Pensaba así cuando el otro día me decía un antiguo vecino que, a mediados de octubre, florecía su azafrán. Me sentí obligado a ir a verlo y fotografiarlo. Mientras lo hacía, iba recordando a aquel buen fraile lego, a mi madre y a mí mismo, que de pequeño lo confundía con tantas flores semejantes que abundan por nuestros prados, que algunas incluso son tóxicas. Miraba aquellas plantas, de las que únicamente se aprovechan tres hilitos, los rojos estigmas florales, que contrastan con el vivo amarillo del pistilo y el violeta de la corola. Acabé satisfecho, había sido fiel a mí mismo, lo soy ahora pensando que al compartir estas reflexiones de alguna manera establezco vínculos de amistad con los lectores. He leído que se necesitan 250.000 flores para conseguir un kg de azafrán, de aquí que se le llame el oro rojo. Su precio supera hoy al del precioso metal amarillo. En la Biblia aparece una sola vez y es en el Cantar. En aquellos tiempos no era considerado especia culinaria, era utilizada como preciado cosmético. Su nombre científico es *Crocus sativus*.